

CAPÍTULO XXVII

FLETEROS INEXPERTOS—CÓMO SE OBTIENEN RIQUEZAS DE LOS MONTES—
LA SIERRA DEL NAYAR—LOS CORAS—SU AVERSIÓN Á LOS PERIÓ-
DICOS—SU PARTICIPACIÓN EN LA POLÍTICA—UN “DEJEUNER À
LA FOURCHETTE ”—LA DANZA.

ES, de hecho, imposible viajar en México de tribu á tribu, sin cambiar de fleteros; no sólo porque éstos se resisten, por lo común, á alejarse mucho de sus casas, sino también porque no conviene valerse de gente que no conozca la región por donde se pasa. Siempre que me era posible encontrar indios algo aptos para cargar las mulas, los prefería á los mexicanos, por lo mucho que podían enseñarme mientras caminábamos, y para mis últimos viajes, sólo me he servido de indígenas.

La repugnancia que tienen para dejar su casa los individuos útiles, obliga á cambiarlos frecuentemente, lo cual es muy molesto y embarazoso. Era mi propósito ir de Pueblo Viejo á Santa Teresa, el pueblo cora situado más al norte, y á todo el mundo le parecía muy lejos. Me resolví, al cabo, á tomar los arrieros que hallé, á saber: un tepehuán civilizado, el único hombre en quien podía confiar, que era listo y sabía bien su oficio, pero que tenía inutilizado un brazo. Conseguí luego otro hombre, algo viejo, que también resultó repentinamente manco del brazo derecho, y sin fuerzas bastantes para levantar bultos pesados; y en cuanto á los dos arrieros restantes, en su vida habían cargado una mula. Los dos primeros dirigían á los otros dos, y tuve que presenciar el risible espectáculo de ver cuatro individuos ocupados en cargar una mula.

Naturalmente se pasó todo el día en echar la carga sobre mis diez animales, y cuando se hubo terminado de hacerlo, era ya demasiado tarde para salir, resultando que todo aquel trabajo había sólo servido de ejercicio en el noble arte de cargar bestias. Tuve yo mismo, por consiguiente, que ayudar á poner los aparejos, á herrar, curar las maderas y todo lo demás del oficio en el que, por supuesto, la inhabilidad de mi gente sirvió para desarrollar mi destreza.

El segundo día, haciendo un estupendo esfuerzo, logramos salir, pero no recorrimos más que ocho millas por un hermoso llano rodeado de encinas y pinos. Sólo quedan allí algunos ranchos, en uno de los cuales vivía un cora rico casado con una tepehuana. Aseguran los indios de aquellos lugares, que los coras se hacen ricos porque son los que mejor saben granjear á los dioses. Se someten á ayunos y restricciones durante un mes y hasta por un año, y van en seguida “á la montaña más rica que conocieron los antiguos.” El dueño del monte sale á recibir al cora, quien le ofrece pagarle, con los hombres que mate, todo el ganado, ciervos, grano y otros bienes que el primero le conceda. Hállase muy extendida en las tribus de la Sierra Madre la creencia de que en las montañas es donde se encuentra el dinero, reses, mulas, ovejas y aun pastores, en una palabra, toda clase de riquezas.

Cuando algún cora considera llegado el momento de cumplir su promesa matando á un hombre, fabrica una figurilla de la víctima con barro cocido, hilachas ú otra cosa, y haciendo encantamientos, le clava espinas en la cabeza ó en el estomago, para causar daño al individuo representado. Á veces pone al muñeco á caballo y cabeza abajo para hacerlo sufrir. Suelen los coras, cuando necesitan algún animal, hacer la figura del que desean, formándola de cera ó barro cocido ó esculpiéndola en piedra volcánica, y la depositan en alguna cueva de la montaña. Para

cada vaca, venado, perro ó gallina que necesiten, sacrifican la estatuilla correspondiente.

Al otro día, seguimos por algún tiempo el camino real que conduce de Acaponeta á las ciudades de Mezquital y Durango. Descendimos luego, sin dificultad, como hasta 3,000 pies hacia el cañón de Civacora, por donde corre el río del mismo nombre, que nace, según dicen, en el Estado de Zacatecas, y pasa cerca de Durango y Sombrerete, á un lado de Cerro Gordo. En esta cañada, que corre en dirección norte y sur, encontramos algunos tepehuanes del pueblo de San Francisco.

Los indios eran allí desconfiados y hoscos, y ni siquiera nos quisieron decir qué camino debíamos tomar. Tenían reputación de ser cuatreros y de matar á los viandantes para apoderarse del maíz que pudieran llevar. Puse, por lo tanto, á dos hombres en guardia, autorizándolos para disparar un rifle, por vía de aviso, lo que mucho les complació. El disparo se propagó en el silencio de la noche con fuerza suficiente para atemorizar á todo un ejército de bandoleros. La mañana siguiente envié á buscar al indio tepehuán más caracterizado, para comunicarle el objeto de mi visita y preguntarle el camino que deberíamos seguir. Diome cuantos informes pudo, pero no logró conseguirme conductor por más tiempo que un día. Quedamos, pues, entregados á nuestra propia suerte, y en condiciones muy desventajosas. Dos veces nos perdimos: la primera pasamos por un patio, de los usados para bailar mitote, y fuimos á dar al pie del acantilado de la sierra, por donde únicamente hubieran podido transitar los ágiles indios; la segunda, nos encontramos al borde de una profunda barranca, sin que nos quedara otro recurso que regresar al rancho por donde poco antes habíamos pasado. Afortunadamente encontramos allí á un tepehuán con su mujer, quien nos aseguró que estábamos por fin sobre el verdadero camino. Con todo, no avanzamos sino hasta

la confluencia de los arroyos que el hombre nos había señalado sumergidos á lo lejos entre los matorrales. Al dejarnos, nos prometió que volvería por la mañana para mostrarnos el camino que conduce á las Botijas, pequeña agrupación de ranchos, situada en la cumbre. Habíamos caminado aquel día, en línea recta, únicamente tres millas.

Al pasar junto á uno de los ranchos de nuestro hombre, quien tenía tres al alcance de nuestra vista, advertí un pequeño jacal, como á cien yardas del camino. Díjome el guía que allí guardaba sus instrumentos musicales, arcos de ceremonia, etc., pues era sacerdote; pero no obstante su aspecto de ser joven franco, no pude inducirlo á que me mostrase su capilla privada, y tuvimos que proseguir nuestro camino. Separóse de nosotros en la cima, pero tan bien nos describió el camino que ninguna dificultad encontramos durante los dos siguientes días de nuestra marcha.

Gozábame de verme una vez más en las altiplanicies, tanto más cuanto que encontrábamos arroyos con agua y pasto. Al llegar á la cumbre del cordón por donde habíamos ido caminando, dimos con un camino real que corre entre los pueblos de San Francisco y Santa Teresa, y nos vimos en la Sierra del Nayar. No me causó poca sorpresa encontrar otra barranca próxima, paralela á la que acabábamos de dejar, y la cual, hasta donde pude ver, comienza cerca del pueblo de Santa María Ocotán, arriba de la sierra. Por lo menos, el viejo mexicano que me acompañaba me informó que el río que de allí sale, pasa por los pueblos coras de Guasamota y Jesús María. Caminamos siguiendo la orilla occidental de la barranca, dentro de la cual hay algunos pueblecillos aztecas, pero principalmente coras. Hay todavía otra barranca al oriente, paralela á la anterior, donde habitan huicholes.

Lo que se llama Sierra del Nayar comienza por ser un cordón de tierra parejo y á menudo angosto, cuya ruta del sur sigue, por diez ó doce millas, el borde de la barranca

de Jesús María. Apenas se ven por aquella cuesta otros árboles que el *Pinus Lumholtzii*. Al salir de Pueblo Nuevo, observé una variedad de pinos muy semejantes al anterior, pero mucho más grandes, que creo pudieran ser igualmente una especie nueva.

El cordón se va ensanchando gradualmente y aparecen claros cubiertos de yerba entre pinos, ya de la clase común, que en toda la Sierra del Nayar son altos, pero no anchos. Encontramos algunos coras que conducían mulas cargadas de panocha para cambiarla por mezcal en Santa María Ocotán.

Los más importantes de los útiles de viaje, para los coras, son su rifle y una ó dos bolsas que llevan colgadas del hombro. Tienen estos indios cierto aspecto varonil é independiente que impresiona desde luego y se ve confirmado por toda la historia de la tribu.

Pasamos junto á varios ranchos, hasta que llegamos al fin á la pequeña llanura donde se halla situada Santa Teresa. Siempre es desagradable acercarse á un pueblo indio desconocido, donde hay que acampar sabiendo cuán poco grato es uno para los habitantes, y allí me veía en el seno de una tribu que nada sabía de mí y que me miraba con mucha desconfianza cuando llegué.

Preparábase mucha gente para las festividades de la pascua, ensayando sus papeles para cierto entretenimiento usado en aquella estación. Hallé, al fin, un hombre que quiso enseñarme en donde podía encontrar agua. Llevóme fuera del pueblo á orilla de unas hondas y angostas grietas, abiertas en la tierra roja, de donde manaba un riachuelo. Escogí cerca, al pie de unas pequeñas colinas cubiertas de pinos, sitio á propósito para levantar mis tiendas y regresé al pueblo.

“¡Amigo!”—me gritó un hombre que de su casa salió corriendo á encontrarme. Era el alcalde, indio alto, esbelto, de poca barba y voz muy simpática. Díjele que

estábamos enteramente faltos de maíz, á lo que me contestó que sólo en los ranchos de las cercanías podríamos obtenerlo, pues en el pueblo no conseguiríamos un grano. Le pregunté si quería que muriésemos de hambre, y entonces otro hombre me ofreció una media fanega. Habiéndole dicho al juez si quería ver mis documentos, replicó: “No entendemos los papeles.” Convinimos, con todo, en que los indios me verían en la mañana siguiente para que mi



Coras de Santa Teresa.

tepehuán les leyera las cartas que llevaba yo del gobierno, porque el preceptor del pueblo había ido á la ciudad de Tepic y no había quien supiese leer.

Santa Teresa se llama, en lengua cora, *Quemalusi*, nombre de uno de los cinco hombres míticos que vivieron en época remota en la Sierra del Nayar. Cuentan que fue hallado allí un ídolo que se ha perdido. Algunas millas al oriente de Santa Teresa, se encuentra un lago

volcánico de bastante profundidad, que según los coras, es lo único que queda del gran diluvio. Llamanle "madre" ó "hermano," haciendo referencia con el último nombre á su gran dios el Lucero de la Mañana, *Chulavete*. No hay pescados en él, pero sí tortugas y patos. Se atribuye á sus aguas la virtud de curar á los enfermos y fortificar á los sanos, y no hay ceremonia de la religión cora en que no se utilicen sus aguas. No es necesario usarlas puras; generalmente las mezclan con agua de fuente común y rocían con ella á los fieles, empleando como aspersorio alguna orquidea roja ó una cola de venado atada al extremo de una varilla.

Por la mañana temprano se me presentó un indio joven y de buen parecer, montado á caballo, que hablada muy bien español. Lo traté con consideración y le ofrecí algunas galletas que por casualidad me quedaban. En el curso de la conversación me prometió venderme una gallina, si mandaba á su rancho por ella, lo que hice por supuesto con todo gusto.

Al despedirse, le expresé mi admiración por el hermoso cabestro de su caballo. "¿Le gusta?" me preguntó, y quitándolo inmediatamente de la cabalgadura me lo puso en las manos. Como tratara yo de pagárselo, agregó: "Ahora somos amigos," y marchóse al punto. El ave que me mandó, era la más grande que tenía en su corral: un gallo viejo muy fuerte y muy duro. No creo que haya alimento peor que un gallo viejo criado por los indios, pues su caldo mismo es de un sabor más desagradable que si fuera de chivo.

La lectura de mis cartas oficiales fue escuchada en profundo silencio, pues todo lo que proviene de México impresionaba hondamente á aquella gente. Sin embargo, con su desconfianza característica, los indios reclamaban que se repitiera la lectura, lo que fue preciso estar haciendo á la llegada de cualquier individuo de importancia que venía al pueblo.

El alcalde me presentó con la esposa del preceptor que era mexicana. Estaba, al parecer, contenta entre aquella gente "á quien nadie conoce nunca," según sus propias palabras. Le gustaba el clima y las seguridades que había para la vida y la propiedad. Su marido había estado trabajando allí durante cuatro años. Los alumnos, por supuesto, comienzan por aprender español, y se cierra la escuela desde junio á setiembre. Los chicos parecieronme listos y dedicados, pero supe por los coras que aun no habían aprendido á leer.

La mayor parte de los indios coras tienen algunos pelos en la barba. No hay, con todo, uniformidad en esto, pues mientras algunos son enteramente lampiños, otros parecen mexicanos. Todos insisten, sin embargo, en que no se han mezclado con los mexicanos ni con los tepehuanes, y las mujeres coras manifiestan mucha resistencia á tales uniones. Debe recordarse, por otra parte, que durante la segunda mitad del siglo pasado, estuvo la tribu en gran desorden á causa de las rebeliones de Manuel Lozada, azteca civilizado de las cercanías de Tepic, que en tiempo de la intervención francesa estableció un Estado independiente que comprendía el actual territorio de Tepic y la región de los coras. Tenía gran talento militar y se dice que, siempre que lo deseaba, reunía millares de soldados sin costo alguno. Mantuvo su gobierno por varios años, gracias principalmente á los coras, que eran sus principales sostenedores. Hubo vez que tuvieron que dejar su región y vivir durante cinco años en una parte inaccesible de la Sierra Madre, arriba de San Buena.

Los coras usan entre sí su propia lengua, pero la mayor parte de los hombres y de las mujeres hablan y entienden bastante el español. Aunque se visten como los "vecinos," son todavía completamente indígenas y se enorgullecen de serlo. Hay como dos mil quinientos de sangre indígena pura. Se dan el nombre de Nayari ó Nayar, y por la

lengua, religión y costumbres, son afines de los huicholes, quienes, por lo demás, no hacen mucho caso de sus parientes, á quienes llaman *hashi*, cocodrilos. Mantiénense, sin embargo, ciertas relaciones entre las dos tribus, siendo los coras quienes surten á los huicholes de pintura roja para la cara, cera y plumas de cola de cotorra, y los huicholes prestan á los primeros los inestimable servicios de sus curanderos. Una de las industrias nativas más interesantes, es el tejido de saquillos ó bolsas de lana y algodón, con hermosas labores.



Bolsa cora de estambre, de forma rara. El dechado representa aves en vuelo y una manada de venados. Longitud, como 25 cm.

Los coras no son buenos corredores, pues carecen de ligereza y de resistencia. Es sorprendente la pequeñez de sus huesos, con especialidad en las mujeres, bien que lo mismo sucede con los miembros de todos los indios que he visitado. Una mujer de la tribu me hizo una camisa para muestra etnológica; y como le dijese cuán pequeños me parecían los puños de las mangas, pues solo medían cuatro pulgadas y tres cuartos (apénas doce centímetros), me mostró cuán bien le venían á ella. Tienen, con todo, muy

bien desarrolladas las caderas y mejor cara que las mexicanas comunes. Los dientes de los coras no siempre son perfectos, y vi á varios individuos á quienes les faltaban los delanteros.

Por extraño que parezca, dada aquella elevación, atacan allí las calenturas; el alcalde me dijo que le daban intermitentes cada tercer día.

Como la Pascua se aproximaba, se había reunido un concurso como de trescientos indios, que habían matado

algunas reses, comían y festejaban. Asistí á la fiesta general donde me fueron ofrecidos algunos platos. De acuerdo con la costumbre india de no comer mucho en el lugar del convite, encargué á mis sirvientes que llevaran la comida á nuestras tiendas como agradable complemento para variar la monotonía de nuestra alimentación y la escasez de nuestras provisiones. Encontramos que, además de los platos usuales entre los indígenas, había también pescado salado, plátanos, calabazas y miel.

Las autoridades recién electas para el año siguiente, dieron una comilona semejante en honor de sus antecesores. Fuera de la casa del "centurión," el principal funcionario en el festival de la Pascua de Resurrección, se dispuso una mesa rústica y las bancas necesarias. Invitéronme á sentarme entre las personas de calidad, y me pareció fenomenal asistir á un banquete de indios servido en una mesa, único caso semejante que hasta entonces había llegado á mi conocimiento. Como la mesa era pequeña, se sirvió de comer por turnos. Por cada invitado había un hombre para servirlo, pero no se veían manteles, cuchillos, tenedores, ni cucharas; era aquello, si ustedes quieren, un *dejeuner à la fourchette*, con la única excepción de que era preciso coger el alimento sólido con pedazos de tortilla que después de partirlos, enrollarlos y usarlos á manera de tenedor, ó más bien de cuchara, se comían á la vez que la carne. Después de haber terminado de comer ésta, había que beber la sopa en la propia taza ó plato que la contenía. En caso de no poder manejar bien la tortilla, era permitido hacer uso de los dedos. Cuando ponían frente á alguno de los comensales indios una taza ó un plato, pasábala inmediatamente á su mujer, parada detrás, que la vaciaba en los jarros que al efecto había llevado. Se sirvió carne con su caldo; carne molida en metate, hervida y mezclada con chile; y atole para beberlo con la comida, todo fresco y excelente. Como tenía ham-

bre, comencé á acometer, no obstante que al principio era el único que comía, lo que no dejaba de ser penoso; pero poco á poco se dieron también los otros á hacerlo, quizás por cortesía. Agradábales, sin embargo, que me gustara su comida, y por mi parte la tomé con apetito después de la dieta á que me había visto reducido. Por limitada que sea la variedad de manjares del hombre primitivo, prepara bien los que toma, y puedo decir que aquella comida fue la mejor que he probado entre los indios. La reunión era agradable y animada, y la sala del banquete se extendía hasta los pinares y montañas del alrededor, teniendo por techo la bóveda azulada.

Durante la noche se bailó en tarima, esto es, en un tablado sostenido por zoquetes, uso que parece general en toda la tierra caliente del noroeste. Bailan simultáneamente un hombre y una mujer, de frente una al otro y sin tocarse; saltando rítmicamente, arriba y abajo, sobre el mismo lugar. Este baile es conocido de todos los indios llamados cristianos que saben tocar el violín; pero sólo entre los coras lo he visto ejecutar sobre tarima. Llámalo *la danza* aunque bien puede haber sido de origen primitivo. *La danza* es simplemente un desahogo de alegría á que se entregan los indios cuando se han achispado un poco, después de las festividades de la iglesia, y á veces la bailan en el templo mismo.

Poco á poco fueron consintiendo los indios y sus mujeres, en dejarme fotografiarlos. Una noche que estaba yo cambiando las placas en una vieja casa vacía, llamó á la puerta un grupo de curiosos que se había reunido con el deseo de presenciar los secretos ritos en que me ocupaba. Tras una deliberación de varios días, consintieron los indios en enseñarme el sitio dedicado á sus danzas, ó como ellos lo llaman, su *tunamoti* (el arco musical).

CAPÍTULO XXVIII

LA VISTA DEL PACÍFICO DESDE LO ALTO DE LA SIERRA—MÁGICO IDILIO—
LOS CORAS NO CONOCEN EL MIEDO—UN INDIO QUE NO LO ES—EL
PUEBLO DE JESÚS MARÍA—HERMOSO EJEMPLAR DE SACERDOTE
CORA—UN PADRE ME DENUNCIA COMO MISIONERO PROTESTANTE.

DESPUÉS de una estancia de quince días, dije adiós á Santa Teresa. El alcalde, que se había vuelto muy amigable, me acompañó por el llano donde está situado el pueblo, el cual se extiende, interrumpido á veces por pinares, como tres millas al oeste. Me rogó que no me olvidase de los coras cuando viese á la primera autoridad de Tepic, y que consiguiera del Gobierno mexicano que los dejasen conservar sus antiguas costumbres que habían sabido les querían prohibir. Tal temor carecía de fundamento. También me suplicó que empleara mi influencia para impedir que en las cercanías se establezcan blancos ansiosos de apoderarse de las grandes selvas.

Encontré un amigo en un cora llamado *Nuberto*, hombre de sesenta años, de buen corazón y genio franco, que consintió en ser nuestro guía. La senda sigue por todo el flanco izquierdo de la Sierra Madre, y en ocasiones á sólo pocas varas abren paso repentinamente las montañas á los valles y cerros de las estribaciones. Al irse aproximando el término de aquella jornada, presentósenos una vista perfectamente abierta de la tierra caliente, que se dilataba á nuestros pies hasta el Océano Pacífico en una distancia que, yendo en mula, se requeriría una semana para recorrerla. La extensión que se ensanchaba ante nosotros ofrecía un panorama cubierto de colinas que parecían hundirse cada vez, más y más bajas, hacia el